

EL FESTÍN DE UHTRED

BERNARD CORNWELL
y SUZANNE POLLAK

EL FESTÍN DE UHTRED

El mundo de Northumbria,
el último reino

Traducción de Mariana Planas



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Uhtred's Feast: Inside the World of The Last Kingdom*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: septiembre de 2024

Introducción y relatos: © Bernard Cornwell, 2023

Recetas: © Suzanne Pollak, 2023

Bernard Cornwell with Suzanne Pollak asserts de moral right
to be identified as the authors of this work

Ilustraciones p. 13, p. 31, p. 115, p. 223 © Bridgeman Art Library

© de la traducción: Mariana Planas, 2024

Traducido bajo licencia con Harper Collins Publishers Ltd.

© de la presente edición: Edhasa, 2024

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6445-3

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B 14769-2024

Impreso en España

Cuando utilice utensilios de cocina, siga siempre las instrucciones del fabricante. Si cocina a fuego abierto o en un horno no convencional, sea cuidadoso y busque ayuda profesional si es necesario.

El banquete de Uhtred está dedicado a Jordan Enzor, cuyos extraordinarios conocimientos fueron de gran ayuda para este libro.

Nuestro agradecimiento

ÍNDICE

El nacimiento de Inglaterra	13
---------------------------------------	----

PARTE UNO EN CASA

Antecedentes históricos.	33
Recetas.	39
MI PRIMERA VICTORIA.	85

PARTE DOS DE LA TIERRA Y DEL AGUA

Antecedentes históricos.	117
Recetas.	119
EL REGALO DE DIOS	183

PARTE TRES CONSERVACIÓN

Antecedentes históricos.	225
Recetas.	229
EL ÚLTIMO MURO DE ESCUDOS	255

EL NACIMIENTO DE INGLATERRA



Me críe en la costa de Essex, un lugar de marismas, estuarios y ríos. Desde el tejado de mi casa podía ver cómo el Támesis se ensanchaba en su enorme estuario y cómo los barcos navegaban río arriba hacia Tilbury o hacia los muelles de Londres. Las embarcaciones de vela eran habituales, sobre todo aquellas barcazas que cruzaban el Támesis con sus enormes velas cangrejas de color marrón rojizo transportando productos agrícolas a la ciudad. Pero también recuerdo que me cautivaba la visión de un barco alto, con todas las velas desplegadas, haciendo la misma travesía.

Lo que contemplaba era un reflejo del pasado. El Támesis, por supuesto, fue durante mucho tiempo una de las principales vías navegables de Inglaterra. Barcos romanos de vela cuadrada entraban y salían de él, mientras que, mucho más tarde, algunos de nuestros buques de guerra más famosos, como el *HMS Victory*, se construyeron en sus orillas y navegaron triunfantes en los océanos del mundo.

Sin embargo, de niño, me interesaban más otros barcos que habían frecuentado el estuario, embarcaciones que habían sembrado un verdadero pánico: los barcos de asalto de los famosos vikingos. Recuerdo que, cuando tenía seis años, el príncipe Georg de la casa real danesa visitó el pueblo cercano de Ashingdon y regaló a sus habitantes una bandera danesa y una maqueta de un barco vikingo, que todavía se exhibe en la iglesia parroquial de San Andrés. El

motivo de este gesto de generosidad era conmemorar la batalla de Assandun entre el rey Canuto de Dinamarca y el rey Edmundo II de Inglaterra, conocido como Edmund Ironside. Los daneses ganaron, y Canuto se convirtió en rey de Inglaterra. Ya desde pequeño, me apasionaba la historia, y la presencia del barco suspendido en la nave de San Andrés despertó mi imaginación y curiosidad.

Una década más tarde, descubrí el poema anglosajón *La batalla de Maldon*, que describía un combate entre Byrhtnoth, líder de un ejército de sajones del este, y un ejército vikingo que se había instalado en la isla de Northey, en el río Blackwater, no muy lejos de Ashingdon. Una vez más, los vikingos ganaron, pero recuerdo que un profesor me dijo que el poema era «fantasioso», porque los sajones, ubicados en la orilla del río, nunca podrían haber oído un desafío clamado en voz alta desde la isla; estaba demasiado lejos. La duda nos llevó a mí y a unos amigos hasta Maldon, donde demostramos que dicho llamado sí era audible. Esta expedición se transformó en la única investigación original importante que he llevado a cabo.

Fue ya en mi infancia cuando se despertó en mí un interés constante por el periodo anglosajón, aunque pronto me di cuenta de que era un completo ignorante al respecto. En algún momento entre la retirada de los romanos de Britania y la llegada de los normandos, se había creado un país llamado Inglaterra, y, a pesar de que había recibido una educación más que suficiente, no tenía idea alguna de cómo había podido suceder tal cosa. También me di cuenta de que no era el único: un currículo escolar inglés afirmaba que la historia de Inglaterra empezaba en 1066. Es casi como si no hubiera existido historia antes de la llegada de Guillermo el Conquistador, salvo por los relatos en la escuela primaria sobre Alfredo quemando los pasteles de una campesina y el rey Canuto fracasando en su intento de hacer retroceder la marea.

En 1939, una canción grabada, entre otros, por Dame Vera Lynn, se hizo muy popular. Se llamaba *There'll always be an England*, y hacía referencia a que Inglaterra siempre había existido, aunque, en 1939, apenas tenía algo más de mil años. Su creación ocurrió durante esa historia previa al año 1066. Por desgracia, no podemos establecer una fecha exacta para ese acontecimiento trascendental, mas, en algún momento del otoño del año 937, el ejército anglosajón dirigido por el rey Æthelstan derrotó a un ejército combinado de vikingos y escoceses en un lugar llamado Brunanburh. La batalla de Brunanburh fue una de las más importantes de la historia de Inglaterra, y durante años recibió el nombre de «la gran batalla» e inspiró a la *Crónica anglosajona* a incluir pasajes poéticos en verso:

Nunca hubo tanta matanza
en esta isla, nunca antes tanta
gente fue abatida
por el filo de espada, como los libros y viejos sabios
confirman, desde que los anglos y sajones
navegaron hasta aquí desde el este,
buscando a los britones por los anchos mares.
Aquellos orgullosos forjadores de guerra
vencieron a los galeses,
señores hambrientos de gloria,
y se hicieron dueños de esta tierra.*

Puede que realmente fuera una gran batalla, pero, sin embargo, pronto fue olvidada e incluso el lugar donde se libró también cayó en el olvido. Ahora sabemos que el enfrentamiento tuvo lugar en Wirral, y, aunque es tentador afirmar que fue el momento en que Inglaterra nació, es más acer-

* Traducción de la traductora.

tado verlo como una parte del proceso, que había comenzado mucho antes, cuando el abuelo de Æthelstan, el rey Alfredo, tuvo la ambición de unificar los diferentes reinos anglosajones.

Durante el reinado de Alfredo existieron cuatro reinos: Wessex, en el sur; Anglia Oriental, en el este; Mercia, en las Tierras Medias; y Northumbria, que se extendía hasta la frontera escocesa. Dos de esos reinos, Anglia Oriental y Northumbria, estaban bajo dominio danés. Mercia sufría la presión constante de los daneses, y, al aparecer, sólo Wessex estaba a salvo bajo el gobierno sajón.

La situación cambió en el 878, cuando los vikingos daneses invadieron Wessex y expulsaron a Alfredo a los pantanos de Somerset, donde se convirtió en fugitivo. De algún modo, logró reunir un ejército que derrotó a sus enemigos en Ethandun, y en los años siguientes, bajo el reinado de su hijo, el rey Eduardo, Mercia se convirtió en parte de Wessex y los sajones vencieron a los daneses en Anglia Oriental. La ambición de Alfredo era unificar todas las tierras en las que se hablaba inglés, la lengua de anglos y sajones. No sólo el idioma uniría a los pueblos, sino también la religión. Los daneses y otros hombres del norte que poseían una gran cantidad de tierras en Britania eran paganos, y Alfredo estaba decidido a que se cristianizaran.

La victoria en Brunanburh debilitó el control de los hombres del norte sobre Northumbria, y, en poco tiempo, el reino se convirtió en parte de lo que se llamaría Engla-land (Inglaterra). Hubo otras luchas para consolidar la conquista, mas, cuando los normandos (descendientes de vikingos, como su nombre indica) invadieron Inglaterra, descubrieron un país unido con un sistema de gobierno, impuestos y leyes eficaces. Los alguaciles de la comarca, de donde procede la palabra *sheriff*, eran los encargados de vigilar el cumplimiento de la ley. Las comarcas fueron invenciones sajonas, pero bajo los normandos se utilizó la

palabra «condados», ya que era más común, y la figura del *sheriff* fue relegada al lejano oeste americano.

Existe una contradicción en la historia de la conquista sajona de Inglaterra. La lucha contra los hombres del norte fue casi una repetición de una invasión anterior, cuando los sajones llegaron por primera vez a Britania. Esto ocurrió cuando los romanos abandonaron la isla y dejaron atrás una cadena de fuertes a lo largo de la costa oriental, diseñada para ahuyentar a los sajones. Esos fuertes fracasaron, y una sucesión de invasores anglos y sajones desembarcaron y expulsaron a los britanos nativos hacia lo que hoy es el sur de Escocia, Gales, Cornualles, o bien hacia el sur a través del mar hasta Bretaña. Resuena un eco de aquella despiadada época en el texto de la *Crónica anglosajona* sobre Brunanburh, que sostiene que la famosa batalla representó la mayor masacre de la historia. Recordemos:

... desde que los anglos y sajones
navegaron hasta aquí desde el este,
buscando a los britones por los anchos mares.
Aquellos orgullosos forjadores de guerra
vencieron a los galeses,
señores hambrientos de gloria,
y se hicieron dueños de esta tierra.

Este poema, escrito en el año 937, también refleja la victoria sobre un antiguo enemigo y la celebración de la derrota de un nuevo adversario, del que la *Crónica anglosajona* dejó registro por primera vez en el 787. En ese año, tres barcos arribaron a las costas de Wessex.

El alguacil cabalgó hasta el lugar y los obligó a ir a la ciudad del rey porque no sabía quiénes eran, y entonces lo mataron. Éstos fueron los primeros barcos de hombres daneses que buscaron la tierra de la raza inglesa.

Es posible que aquellos tres barcos hayan sido los primeros, aunque no fueron los últimos. Más y más saqueadores atacaron las costas británicas. El asalto más estremecedor se produjo en el 793, cuando los hombres del norte saquearon los monasterios de Lindisfarne y Jarrow. Los robos y asesinatos en Lindisfarne, bien visibles desde las murallas de Bebbanburg, horrorizaron a los sajones:

Este año llegaron las espantosas advertencias sobre la tierra de Northumbria, aterrorizando a la gente de la manera más cruel. Eran inmensas hojas de luz que se precipitaban por el aire, y vientos torbellinos y dragones de fuego volaban por el cielo. Muy pronto, estas trágicas señales fueron seguidas de una gran hambruna. Y no mucho después, en el sexto día antes de los idus de enero del mismo año, las atroces incursiones de los paganos, llenas de robos y matanza, provocaron lamentables estragos en la iglesia de Dios, en la isla sagrada.

Sin embargo, estos ataques no dejaban de ser incursiones. Los asaltantes llegaban, prendían fuego a todo, robaban, mataban, conseguían esclavos y se marchaban. No obstante, todo cambió en el año 865, cuando un gran ejército vikingo zarpó de Irlanda hacia Inglaterra y, en lugar de asaltar y marcharse, se quedó allí. Su líder era Ivarr Ragnarson, más conocido como Ivarr «el Deshuesado», hijo de Ragnar Lodbrok, quien había muerto en el año 865 a manos del rey de Northumbria. Por lo visto, Ivarr quería vengarse, ya que lideró su ejército hasta Northumbria y se apoderó del reino. Desde ese momento, las amenazas no eran sólo por las incursiones costeras, sino también por la existencia de reyes y caudillos daneses que se habían asentado. Los daneses controlaban la mayor parte del norte y este de Inglaterra, y querían adueñarse de todo. En el 876, la *Crónica* relata que los invasores se habían «repartido las tierras de Northumbria y

se dedicaban a cultivar y ganarse el sustento». Los saqueadores no labraban la tierra a menos que tuvieran intenciones de estar allí cuando llegara la cosecha. Se habían convertido en colonos, y, si los sajones querían recuperar lo que les pertenecía, tenían que derrotarlos.

En el 878, antes de la batalla de Ethandun, parecía que los sajones habían fracasado, que su destino era seguir a los britones al exilio y que los orgullosos guerreros eran los daneses. No obstante, Alfredo desafió ese destino al derrotar al gran ejército pagano* en Ethandun, con lo que conservó el reino de Wessex. Fue allí donde comenzó la lucha para unir a los reinos sajones en un solo país.

Y fue una verdadera batalla. Los invasores sajones se habían apoderado de una tierra en la que los romanos habían introducido el cristianismo, y los nuevos dueños de esa tierra eran paganos que preferían a los antiguos dioses del norte, como Odín y Thor. En el siglo VII, mediante un esfuerzo misionero iniciado por el papa Gregorio I, se logró convertirlos a la fe cristiana. Pese a que la conversión no fue inmediata, la «nueva» religión fue sustituyendo poco a poco a las antiguas creencias paganas. Northumbria fue el último de los cuatro reinos en establecer el cristianismo como religión oficial. Sólo un optimista podría haber pensado que adorar al Príncipe de Paz pondría fin a la violencia entre los reinos sajones, así como entre éstos y los vecinos escoceses y galeses, ya que, por un lado, los botines de guerra resultaban más atractivos que las recompensas que brindaba la paz, y, por el otro, la necesidad de difundir el Evangelio justificaba la lucha contra los paganos y la consideraba una acción noble. Alfredo estaba decidido a recuperar la mayor cantidad posible de tierras sajonas, pero junto a esa ambición había otra: convertir a los paganos. La lucha por

* El «gran ejército pagano» fue un ejército vikingo de origen danés que conquistó gran parte de Inglaterra a finales del siglo IX. (*N. de la T.*)

alcanzar la unidad de Inglaterra era tanto religiosa como territorial.

En el centro de esta batalla estaba el atractivo de Inglaterra; no el concepto de nación, sino la naturaleza del territorio que terminaría perteneciendo a los ingleses. En general, los hombres del norte venían de tierras que no ofrecían grandes pastizales ni cultivos abundantes, pero Britania sí los tenía. Era una época en la que las comunidades tenían que vivir de la tierra, y, cuanto más fértil era, mejor se vivía, tanto Inglaterra como Irlanda contaban con grandes superficies óptimas para el cultivo. Éste era el botín que los sajones les habían ganado a los britanos y que ahora perdían en manos de los vikingos, quienes, al igual que ellos, se habían apoderado de muchas granjas en actividad; se estaban adueñando y explotando una economía ya establecida, una economía agrícola próspera.

Los sajones conquistados, al igual que los britanos derrotados antes que ellos, sin duda se quejaban a sus nuevos gobernantes; sin embargo, la vida no habría sido muy diferente, una vida impuesta por las estaciones del año y la necesidad de atender los cultivos y el ganado. Para un campesino sajón, es probable que no hubiera ninguna diferencia entre cavar una zanja para un vikingo o para un sajón, al menos no hasta que su hija se casara con uno de los seguidores del vikingo y sus nietos crecieran hablando una mezcla de ambos idiomas. En vez de pedir *eyren* para desayunar, pedirían huevos; y, a medida que crecían, incorporarían cada vez más palabras vikingas a la lengua inglesa. En el libro *The Stories of English*, de David Crystal, se enumeran dos docenas de palabras que han sobrevivido desde su origen nórdico hasta el inglés moderno: *anger* (ira), *awkward* (incómodo, embarazoso), *bond* (lazo, vínculo), *cake* (tora), *crooked* (torcido), *dirt* (tierra), *dregs* (sobras), *egg* (huevo), *fog* (niebla), *freckle* (peca), *get* (obtener, conseguir, ganar), *kid* (niño, niña), *leg* (pierna), *lurk* (acechar, merodear), *meek* (humil-

de, dócil, modesto), *muggy* (húmedo), *neck* (cuello), *seem* (parecer), *sister* (hermana), *skill* (habilidad), *skirt* (falda), *smile* (sonrisa), *Thursday* (jueves), *window* (ventana).

Ésta es una breve lista. Hay muchas más palabras en inglés moderno que introdujeron los escandinavos, como *they* (ellos, ellas), *their* (suyo, suya, de ellos, de ellas) y *them* (los, las). En fin, a pesar de la guerra y la enemistad religiosa, los invasores empezaron a integrarse. Hicieron más que aportar palabras y ADN a su nueva tierra, pues también cambiaron sus nombres. Si vives en el norte o el este de Inglaterra, en algún lugar cuyo nombre termina en *by*, *toft* o *thorpe*, es casi seguro que resides en tierras que, alguna vez, pertenecieron a los vikingos.

Yo crecí en un pueblo de Essex llamado Thundersley. Éste se asienta sobre una prominente cresta con vistas al estuario del Támesis. El nombre significaría «cresta de Thunor» (Thunor es el dios Thor), y es probable que fuera una denominación sajona para conmemorar su antigua lealtad a Thor, pero no cabe duda de que había asentamientos vikingos en los alrededores. La creencia local insistía en que la colina Bread and Cheese, que conducía a la cima de la cresta, debía su nombre al grito de guerra de los sajones, que blandían sus afiladas espadas de hoja ancha al enfrentarse al enemigo. Durante mucho tiempo he querido creer esta historia, pero todavía no estoy convencido.

Tuve la suerte de crecer en un lugar impregnado de historia, aunque no comprendiera del todo lo enmarañada que dicha historia estaba. Sin embargo, el destino parece haberme llevado a la costa de Northumbria, donde, a mediados del siglo VI, un caudillo anglosajón llamado Ida «el Portador de la Llama» condujo a sus guerreros hasta la orilla y se apoderó de una fortaleza de madera construida en la cima de una enorme roca volcánica. Su nieto amplió en gran manera las tierras controladas por la fortaleza y, al morir, se la dejó a su esposa, Bebba, por lo que pasó a co-

nocerse como Bebbanburg: la fortaleza de Bebba. Bebbanburg aún existe, sólo que hoy se conoce como el castillo de Bamburgh y está construido de piedra en lugar de los muros de madera que Ida conquistó y habitó.

Nada de esto habría tenido algún significado para un niño que vivía en la cresta de Thor, en el condado que recibe el nombre por los sajones del este, bien al sur de Bebbanburg. Sin embargo, en la madurez conocí a mi padre biológico, que vivía en la Columbia británica y tenía un árbol genealógico que se remontaba hasta Ida el Portador de la Llama y más allá del mismísimo Odín. Por aquel entonces, había decidido que quería escribir una serie de novelas que narraran más o menos la creación de Inglaterra e, indagando en mi árbol genealógico, descubrí algunos antepasados llamados Uhtred que habían vivido durante ese periodo. Cuando nací, me dieron el apellido de mi madre, pero mi padre, que nunca se casó con ella, se llamaba Oughtred. El vínculo era obvio, y decidí contar la historia del nacimiento de Inglaterra mediante un personaje llamado Uhtred.

Uhtred es sencillamente un personaje ficticio, y, si he hecho estragos con su historia real es porque, en primer lugar, como descendiente, creo que tengo derecho a hacerlo, y, en segundo lugar, porque se sabe muy poco de los verdaderos hombres llamados Uhtred que vivieron hace más de mil años. Es muy probable que los haya ofendido al proponer que mi personaje sea pagano, pero su lealtad a la antigua religión sajona hace que sus encuentros con el piadosísimo rey Alfredo sean más interesantes. No quiere decir que la vida de mi Uhtred, aparte de negociar la piedad de Alfredo, sea aburrida, ya que él vive los tortuosos y brutales acontecimientos que dan origen a Inglaterra.

No fue una creación fácil. Para hacer realidad la ambición de Alfredo, los gobernantes de Wessex tuvieron que superar los prejuicios nacionalistas de los anglos del este, los mercios y los northumbrios, y además los cuatro reinos

tenían un historial de guerras entre ellos. Eran rivales, y la rivalidad solía acabar en un baño de sangre. Otros reyes ya habían querido unificar la Inglaterra sajona. Uno de ellos, el más famoso, fue Offa de Mercia, que gobernó no sólo Mercia, sino también Kent y partes de Anglia Oriental. Algunos documentos lo califican de *Rex anglorum*, es decir, rey de los ingleses, pero este título no es más que una adulación, ya que nunca llegó a tener dominio sobre la totalidad de lo que se convirtió en Inglaterra. Sin duda, fue un exitoso rey guerrero, pero el título de «rey de los ingleses» describe una ambición más que un logro.

La causa de la unificación de Inglaterra se vio favorecida por la irrupción de un nuevo enemigo. «Líbranos, Señor, de la furia de los hombres del norte», escribió un monje irlandés. Los hombres del norte eran los vikingos, aventureros escandinavos que, con sus barcos de magnífico diseño y armas letales, zarpaban de su tierra natal para robar tesoros del resto de Europa, oro y plata que por lo general se encontraban en edificios señalizados con una cruz, así como cualquier otra cosa que pudiera venderse, incluidos los humanos. Existían prósperos mercados de esclavos para la venta de prisioneros, y el surgimiento de la esclavitud a Britania data mucho antes de los vikingos.

Estar junto a un río como el Blackwater, en Essex, implica comprender el terror que generaban los vikingos; es imaginar sus barcos con cabeza de dragón acercándose despacio río arriba en un amanecer brumoso, con los bancos de remeros llenos de guerreros insensibles que bajarían a tierra con hachas, lanzas y espadas para llevarse lo que quisieran: tu ganado, tu cosecha, tus pertenencias, tu mujer, tus hijos... Toda tu vida. Los vikingos, que parecían imparables, representaban una amenaza cruel para los sajones, al igual que éstos lo habían sido para los britanos. Rápidamente ocuparon la mayor parte de Northumbria, tomaron Anglia Oriental y comenzaron a hacer importantes

incursiones en Mercia. Fue el peligro inminente de su victoria final lo que obligó a Wessex y Mercia a dejar atrás las viejas enemistades y forjar una alianza para hacer frente a los invasores. Durante un tiempo, intentaron sobornar a los daneses para mantener la paz mediante el pago de un impuesto llamado *danegeld*. No obstante, esto sólo sirvió para aumentar la avaricia de los vikingos, así que la única solución era la guerra. En el 878, parecía que los daneses habían ganado la batalla: invadieron Wessex con éxito y obligaron a Alfredo a exiliarse en los pantanos de Somerset. Fue el momento de mayor debilidad para los anglosajones, pero, de manera milagrosa, Alfredo consiguió reunir un ejército y derrotar a sus enemigos en Ethandun. Durante el resto de su reinado y el de su hijo Eduardo, el ejército dirigido por los sajones occidentales logró hacer retroceder a los invasores.

Fue Alfredo quien diseñó la estrategia de aquella resistencia exitosa contra un enemigo que durante mucho tiempo había parecido invencible. Construyó *burhs* en todo Wessex y Mercia. Un *burh* era una ciudad fortificada, rodeada por una muralla que consistía en un elevado banco de tierra coronado con una empalizada de madera. Todavía pueden verse las elevaciones de tierra de Wallingford, en Oxfordshire; y de Wareham, en Dorset. Representan una prueba de la enorme fuerza de trabajo que se necesitó para construir semejantes estructuras. Dentro de las murallas, había una ciudad o un gran poblado que ofrecía protección a los habitantes locales que huían de un ataque vikingo. Ciudades como Chester, Bridgnorth, Tamworth, Stafford, Hertford y Warwick estaban fortificadas; algunas, como Chester, utilizaban murallas romanas para protegerse. Londres también fue un *burh*, al igual que Winchester, la capital de Alfredo. Gran parte de la riqueza que los vikingos buscaban estaba protegida en el interior de los *burhs*, así que Alfredo elaboró normas estrictas sobre cómo debían defenderlos. Los lugareños provenientes

de las granjas vecinas debían vigilar las murallas, con un número aproximado de cuatro hombres por poste. Un poste medía alrededor de cinco metros.

La estrategia funcionó. Los vikingos tenían libertad para merodear por los alrededores, pero la mayor parte de los bienes que querían obtener se hallaban tras las altas murallas y, pese a que eran feroces guerreros, carecían de las habilidades necesarias para asediar a sus enemigos. Si se apostaban para sitiar un *burh* hasta la rendición, se convertían en blanco del ejército sajón. El hijo de Alfredo, Eduardo, y su hija Æthelflæd continuaron con la estrategia y construyeron defensas más al norte de Mercia, obligando así a los colonos vikingos a desplazarse cada vez más hacia el norte.

En el 937, Anlaf Guthfrithson, rey vikingo de Dublín, estaba ansioso por reclamar su derecho ancestral al trono de Northumbria. Para ello, estableció una alianza con el rey Constantino II de Escocia y con el rey Owain de Strathclyde. Strathclyde era básicamente un reino galés en el sur de Escocia, un lugar al que los britones, expulsados por los sajones, habían huido en busca de refugio. Tanto Owain como Constantino estaban preocupados por el creciente poder de Wessex y se unieron a Anlaf en lo que pretendía ser una gran invasión del territorio de habla inglesa. Las tropas de Escocia marcharon hacia el sur por la costa oeste y se sumaron al ejército de Anlaf, que había cruzado el mar de Irlanda hasta Wirral, donde los esperaba el nieto de Alfredo, Æthelstan, quien lideraba el ejército de Wessex apoyado por tropas mercianas. Así tuvo lugar la batalla de Brunanburh, que el poeta de la *Crónica* luego relataría como «nunca hubo tanta matanza». Gran parte de esta masacre ocurrió cuando los vikingos de Hibernia, hoy Irlanda, y los escoceses huyeron derrotados del campo de batalla. Fueron arrollados sin compasión por los sajones que los perseguían. El historiador Michael Livingston, en su impresionante libro *The Battle of Brunanburh*, señala que la verdadera impor-

tancia de Brunanburh no reside en las conquistas territoriales que se constituyeron bajo el reinado de Æthelstan –aunque de forma pasajera– en el campo de batalla. Por el contrario, Livingston sugiere que dicha batalla fue recordada como un llamado inspirador para formar una nación. Lo que Æthelstan ganó fue algo más que un reino de tierra en el 937; fue un reino que ejercía influencia sobre el corazón y las convicciones. Los que lo sucedieron en el trono no gobernaron como reyes de Wessex, sino como reyes de Britania. Alfredo el Grande pudo haber soñado con una entidad nacional que podríamos llamar «Inglaterra», pero la batalla la hizo realidad.

La creación de Inglaterra fue un proceso largo y violento. Los anglos y los sajones empezaron a llegar a Britania en algún momento entre el siglo IV y principios del V, y les llevaría medio milenio apoderarse de la tierra que se convertiría en Inglaterra para hacer de ella una sola nación. Pasarían ciento cincuenta años entre los primeros ataques vikingos y la matanza en Wirral para resistir el ataque de los hombres del norte contra aquel país emergente. Es una historia de enfrentamientos casi constantes por toda la isla de Britania. Farnham, en Surrey, es una pequeña y hermosa ciudad con elegantes calles georgianas, galerías de arte y edificios históricos. Es la típica localidad inglesa tranquila y próspera; sin embargo, en el 892 fue el escenario de una feroz batalla entre un gran ejército vikingo y las fuerzas de Wessex dirigidas por Eduardo, el hijo de Alfredo. Parece poco lógico imaginar una lucha sangrienta en la pacífica Farnham, mas sucedió, y hubo muchos otros conflictos de este tipo durante la creación de Inglaterra, y todos ellos fueron espantosos.

Había pocas armas arrojadas. Se podían arrojar lanzas y disparar flechas, pero los arcos que se usaban eran los de caza, no los mortíferos arcos largos de las guerras posteriores. Con un buen escudo de sauce o con una cota de malla

reforzada con un grueso forro de cuero, se podían detener las flechas. Los verdaderos combates se libraban a muy corta distancia entre hombres endurecidos por la experiencia.

Un gran señor de la guerra como Uhtred de Bebbanburg dirigiría tanto a sus guerreros, todos ellos protegidos con armaduras y provistos de los mejores escudos y armas, como también a los hombres de sus tierras, que quizá no tenían cotas de malla ni yelmos de hierro, sino que vestían prendas de cuero o jubones acolchados y empuñaban armas propias de su vida como campesinos: hachas de silvicultor, hoces, lanzas de pescar e incluso garrotes.

El verdadero enfrentamiento se producía entre guerreros entrenados, a una distancia muy corta. La poesía de los anglosajones habla de los muros de escudos que chocaban. Así comenzaba la masacre. El arma más preciada era la espada del guerrero, que podía tener una hoja de casi un metro de largo hecha de hierro endurecido con carbono (acero). Durante el sofocante trabajo de chocar los escudos, resultaba incómoda y sólo podía utilizarse como arma punzante, para lo cual el *seax*, el cuchillo, estaba mejor diseñado. El *seax* –algunos creen que esta arma dio su nombre a los sajones (*saxons*)– era como una daga, no muy diferente a la *gladius* o espada romana, y, cuando varias filas de hombres embestían a un enemigo y quedaban aplastados unos contra otros en el punto de contacto, un arma más corta era más fácil de manejar. Otros luchadores cargaban hachas y utilizaban la barba de la hoja para tirar hacia abajo el escudo del oponente, dejándolo vulnerable a las embestidas con una espada, un cuchillo o una lanza.

Romper un muro de escudos enemigo, como es evidente que ocurrió en Brunanburh, significaba romper sus filas y provocar pánico, y los hombres que huían eran más fáciles de abatir. Una vez que los soldados de Æthelstan derribaron el muro enemigo en Brunanburh, los victoriosos sajones persiguieron a los odiados adversarios durante todo

un día. Con salvajismo, mataron al fugitivo por la espalda con espadas afiladas previamente en un molino. Está claro que el poeta de la *Crónica anglosajona* disfrutó de la matanza, pues incluso presenta una imagen de hombres sacando filo a sus armas en la piedra giratoria de un molino de agua.

El país que Æthelstan reclamaba había sido soñado por su abuelo, Alfredo, cuya ambición era unificar a los pueblos que hablaban la lengua inglesa. Si el momento más crítico de los sajones fue en el 878, cuando Alfredo se vio obligado a huir a los pantanos de Somerset mientras sus enemigos se apoderaban del reino, la venganza quedó asegurada cincuenta y nueve años más tarde en Brunanburh, y Britania tuvo por fin un reino sajón unido por el idioma, las costumbres y la religión. Inglaterra había nacido. Sin embargo, no era del todo inglesa. Daniel Defoe lo describe mejor en su poema *The True-Born Englishman* (en español, «El verdadero inglés»):

Y así se creó de una mezcla de todas clases,
esa cosa heterogénea, un inglés.
En violaciones ansiosas y rabiosa lujuria engendrada
entre un británico pintado y un escocés,
cuyos retoños engendrados pronto aprendieron a inclinarse
y a enyugar sus novillas al arado romano.
De donde floreció un mestizo
sin nombre ni nación ni lengua ni fama,
en cuyas venas ardientes fluían veloces nuevas mezclas
introducidas por un sajón y un danés,
mientras que sus hijas de linaje, fieles a sus padres,
acogieron a todas las naciones con promiscua lujuria.
Esta repugnante criatura llevaba consigo
la sangre pura de los ingleses.

La integración de sajones y daneses estaba en pleno apogeo en el norte y el este de Inglaterra, donde los matrimonios in-

terraciales eran frecuentes, y, hasta el día de hoy, muchos ingleses o inglesas de nacimiento tienen ADN escandinavo. Mi Uhtred, a quien llamo mío para diferenciarlo de mis antepasados Uhtred, ilustra esta integración. Se casó con Gisela, una danesa, y sus hijos crecieron hablando y combinando ambos idiomas. Entre sus arrendatarios hay tanto anglos como daneses, y ambos luchan junto a él. Se aferra a la religión de los daneses; adora a Odín, a Thor y a una veintena de otros dioses, no porque sean daneses, sino porque son los mismos dioses de la antigua religión sajona, y también porque su lealtad a un credo pagano enfada a Alfredo y a su séquito de sacerdotes charlatanes.

El temor al dominio escandinavo fue lo que unió a los reinos anglosajones para enfrentarse a los invasores. Hubo grandes batallas, masacres y crueldad, aunque de aquel horror surgió lo que llamaríamos una sociedad multicultural. Y, a lo largo de todo ese caos, la enorme fortaleza de Bebbanburg permaneció en manos sajonas, lo cual me desconcertaba. ¿Cómo era posible que mis antepasados hubieran conservado su hogar cuando estaban rodeados de territorio danés?

Imagino que la respuesta fue la colaboración, pero preferí una solución más honorable e ideé las hazañas ficticias de Uhtred. Puede que su historia sea una ficción, mas, detrás de las aventuras que inventé para mi personaje, hay hechos reales, tales como aquellas batallas de antaño, la mayoría olvidadas, que formaron un país. La historia ficticia no es historia real, los novelistas dejamos ese trabajo a los historiadores. No obstante, nuestros libros deben ser auténticos, y la autenticidad está en los detalles de todos los días: ¿cómo vestían?, ¿cómo se desplazaban?, ¿qué comían?

En cuanto a la dieta de Uhtred, puedo suponer con certeza que para obtener carne tenía ganado vacuno, ovejas, cabras, cerdos y ciervos. También había centeno, judías, guisantes, trigo para elaborar pan y cebada para la cerveza.

Vivía junto al mar, por lo que disfrutaba de comer pescados y anguilas, y, en ocasiones, carne de foca o ballena. Sabía que, al ser aristócrata y señor de la guerra, tendría una alimentación de lujo, lo que significaba que comía mucha más carne que la gente menos afortunada y que, de vez en cuando, incluso degustaba vino de otras tierras. Sus comidas, en los libros, consisten sobre todo en pan, queso, cerveza y carnes conservadas en salazón.

Esta lista de ingredientes tan escasa atrajo la atención de Suzanne Pollak, una gran amiga y destacada escritora gastronómica. Quería llenar las lagunas de mi «menú», así que empezó a investigar sobre la comida sajona y vikinga e incluso cocinó para mí, aunque, debido a mi insistencia, no incluyó zanahorias. Su investigación dio lugar a este libro. Le estoy enormemente agradecido a ella y a Jordan Enzor, cuyo conocimiento de la comida antigua es de magnitud enciclopédica.

El rey Alfredo no vivió para ver hecho realidad su sueño de una Inglaterra cristiana unida, aunque, gracias a su visión, su firme oposición a los hombres del norte y su prudente gobernanza, sus sucesores vieron nacer una nación. Y en 1066, cuando una invasión liderada por Guillermo I, el nieto de un vikingo, conquistó Inglaterra, se apoderó de un país con una sociedad establecida, un sistema legal y un idioma que sobrevivió al impacto normando. Este impacto no marcó el comienzo de la historia de Inglaterra, sino que lo interrumpió. Alfredo, más allá de lo que Uhtred piense de él, sin duda merece ser llamado «el Grande».

PARTE UNO

EN CASA

